
Daniel E. Herrendorf *

REVOLUCION CONSERVADORA

las consecuencias anti-sociales

Sumario: I. La Revolución Conservadora.— II. Planteo del problema como Gnoseología del error.— III. Los juristas y la fórmula de la tristeza.— IV. Los exegetas antisociales y la noción de bien común.— V. El despilfarro altamente tecnificado.— VI. La economía pública: un sofisma para tontitos.— VII. Ni mejor ni peor que la nada.—

I. La Revolución Conservadora

Por fin ha llegado, a un mundo donde la conciencia de justicia ha podido humanizar las relaciones sociales, una revolución cavernícola que se encamina hacia la Edad Media con toda velocidad y declarado entusiasmo.

El socialismo se computa en el mundo como un esfuerzo sin vacaciones. Se trata de una energía potenciada por la inseguridad, la injusticia y la miseria crónica. Con el paso del tiempo se han buscado y encontrado formas de reducir el margen de padecimientos. Si la vida trae consigo una cuota intrínseca de sufrimiento, que es propiamente humano, resulta inadmisibles agregar a esos desazones el sufrimiento artificial que proviene de las injusticias del sistema.

El socialismo, el cooperativismo y el sindicalismo iniciaron su marcha con un riesgo: la regresión a que eventualmente pudieran forzar los representantes de la reacción, lo que ocurre actualmente ante los asombrados ojos de todos.

El eje conservador Reagan-Thatcher impuso a la política moderna pautas de regresión a formas antiguas de injusticia. Vuelven los bárbaros con los mismos desagradables hábitos antisociales.

Se han escrito páginas que creímos que jamás reaparecerían después de Carlos Marx: los esfuerzos de Berrocal, Plassard, Louet, Portes, Held, Gutman y muchos otros, y las horribles investigaciones del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad Libre de Bruselas, conducen a una vuelta mítica al pasado, un ajuste en la política antisocial sustentado en

* Jefe de redacción de la revista *Realidad Social*, Argentina.

doctrinas puramente ideológicas, donde la ideología no es más que el encubrimiento deliberado de la realidad. En todos los sentidos posibles, las teorías que justifican a la revolución conservadora son anticientíficas de toda cientificidad, aunque su íntima pretensión sea legitimar “objetivamente” lo que hace en defensa de concretos intereses de clase.

Es cada vez más alarmante ver como un número creciente de entusiasmados intelectuales se pone históricamente al servicio de sistemas y políticas que los financian, y alzan fuerte la voz a bajo precio, prostituyéndose al mejor postor. Este tipo grotesco del mercenario consigue una vida cómoda y cierta dudosa reputación al costo miserable de decir lo que quiera que diga el que mejor le paga.

Después de la costurerita que dio aquel mal paso, esta forma de la prostitución intelectual es la más ingrata; aunque Alvin Toffler, que es el producto más acabado de esta especie antropomórfica de comerciantes, haya hecho una verdadera fortuna ejerciendo el contrabando antidemocrático con teorías presuntamente científicas, descriptivas de la sociedad posindustrial.

II. Planteamiento del problema como gnoseología del error

Es necesario reescribir la historia de las ciencias al revés, es decir, no por lo que ellas son, sino por los espejismos que producen, las fantasías que elaboran y los errores que cometen con deliberación.

La ideología es la forma deformada de la realidad. Todas las épocas tienen sus ideólogos, es decir, individuos que expresan teóricamente las ideas de la clase dominante. Esas ideas no sólo son injustas para las clases económicamente inferiores, sino que son falsas para la ciencia. Por eso su estudio debe encararse como un conocimiento de falsedades, de errores, o lo que es lo mismo, como una gnoseología del error.

El conocimiento de las ciencias que se desarrollan dentro del mundo capitalista, necesariamente tiene que contar con el dato de su ideología: esas ciencias, en la medida en que son financiadas por el sistema, cuentan con un arsenal ideológico inmenso. Muchas de ellas no son más que justificaciones de arbitrariedades políticamente decididas: la ciencia tiene después la tarea ideológica de justificar doctrinariamente esa arbitrariedad. La estrategia no es nueva. Al fin y al cabo Demóstenes se quejaba de que el oráculo de Delfos era demasiado favorable a Filipo de Macedonia. La ciencia, digamos, es la que actualmente se encarga de filipizar —el neologismo es de Demóstenes— los oráculos de la doctrina.

Las ciencias que más claramente sirven como ejemplos, por su materia, son la ciencia económica y la ciencia jurídica. La primera se encarga de

dar sustento doctrinario a la práctica de las injusticias de la época. La segunda, de dar instituciones a esas formas de la injusticia. Analizaremos dos nociones típicas de esas ciencias: el mercado en economía; y la familia en derecho. Tomamos esas nociones por ser clásicas en esas disciplinas:

1. El Mercado

El mercado es una invención típicamente liberal en el trance de su inserción en el sistema capitalista: la fantasía de la existencia de un “mercado” ha servido históricamente para justificar el fenómeno de la acumulación de la riqueza, la aparición de una clase poderosa y dominante, la pujanza de los dueños del dinero, el sentido de competencia que prevalece irracionalmente sobre el sentido de cooperación y el sentimiento prolijamente renovado de millones de personas a un régimen económico desfachatado. Todo esto pretende surgir ante la vida científica como parte de la neutra científicidad de la economía, tendencia muy propia del capitalismo: confundir los intereses de la ciencia con sus propios intereses.

“En la política económica o economía política tradicional, la unidad considerada es la empresa privada en un sistema productivo que opera para el fin del lucro individual, y un mercado teórico que se desenvuelve en función de esos presupuestos” (Cuadernos de economía social, CIRIEC, Argentina).

En suma, el sistema de “mercado” sacraliza el poder económico de los que disponen de los medios de producción. A este fin fue inventada la ficción de dicho “mercado”.

2. La Familia

La familia es un núcleo fundamentalmente económico: el casamiento, culturalmente obligatorio, y la monogamia, único modo permitido por la ley para relacionarse, imponen una forma de vida que evita la dispersión económica y permite el control de la propiedad.

La preocupación de la Iglesia Católica por “la familia” es exclusivamente económica, y tras su humareda moral colabora con el Estado a mantener un orden que todos creen agradable. Las escuelas públicas, sin presencia de sacerdotes, enseñan a los chicos —demasiado chicos para saber qué cosas les enseñan— que “la familia” es un tipo ideal culturalmente irreductible, y que debe repetirse con su forma actual hasta la eternidad. Obsérvese cómo se insiste en los medios de comunicación,

boletines oficiales, bandos eclesiásticos y demás expresiones clásicas, en el módulo que se refiere a “la familia”. Se trata de una muletilla semántica tendiente a crear una categoría mental: no se aceptan otras formas de familia, no existen otras formas de familia, no pueden existir, aunque toda la antropología y la sociología lo contradigan.

Hay ámbitos en los cuales siempre los prejuicios pueden más. Sin embargo, no es este el lugar para insistir sobre la evolución histórica de los distintos núcleos familiares, sus características de tipo histórico, sus rasgos empíricos y otros índices que sin duda le quitan sacramentalidad.

La ley, y la doctrina jurídica en general, habla de vínculos biológicos y sexuales con fin de procreación para definir a la familia, con lo cual quedarían excluidos los matrimonios de ancianos, los que no pueden mantener relaciones sexuales, los que no quieren, los matrimonios estériles, los que mantienen relaciones sexuales pero evitan la procreación, etc.

El derecho sacrifica estos tipos de familia para evitar determinadas libertades sexuales. Si la familia fuera definida simplemente como un grupo afectivo, el matrimonio no tendría sentido —ni como institución jurídica ni como sacramento—; sería suficiente confirmar un vínculo de amor para determinar una “familia”, y habría que aceptar las relaciones homosexuales.

La familia no es más que una comunidad de afectos, independientemente de la forma que se le dé al hábito sexual. Esto no es admitido por el derecho y los juristas no se atreven a llegar tan lejos y jugar su prestigio en ese trance.

Pocas cosas hay más fascistas que legislar sobre sexo. Pero hasta hoy una de las formas más eficaces de mantener el status de la sociedad es regular con sanciones jurídicas y morales la vida sexual; al Estado le importa mucho que su Registro Civil notifique con quién se mete en la cama cada cual. Asimismo, el sistema de sucesiones traslada la propiedad de padres a hijos impidiendo la aparición de extraños en las clases dominantes. Es un expediente de protección contra plebeyos.

La religión y la moral oficial cumplen el rol de castigar la libertad sexual y darle trato de promiscuidad a fin de no desvirtuar el rol de la familia: en este fervoroso maccarthismo contra todo lo que hay libre en este mundo colaboran las asociaciones de protección, las uniones contra divorciados, la Acción Católica y todas las solteronas aburridas.

El régimen jurídico es severo; tiende, en general, a condenar la naturalidad: castiga a los hijos “naturales” (y los llaman así para que se diferencien bien de los “legítimos”, que son mucho más hijos que los otros); persigue a los concubinos —palabra espantosa—; condena penalmente a los homosexuales, los excomulga y los reprime; condena la poligamia y

alienta la hipocresía de la sociedad que tolera el adulterio para preservar el matrimonio.

III. Los juristas y la fórmula de la tristeza

El Código Civil, que ocupa el lugar del Derecho Divino, se encarga de mantener el status quo a moda máquina, y los jueces actúan como represores comisionados por la moral sexual.

En general, la comunidad jurídica se siente legítimamente convencida por el derecho, porque ha sido adiestrada en las universidades: los jueces, los juristas y los abogados no ven la ideología en el derecho y creen con sincero corazón y con fe no mentida que ellos hacen objetiva y neutral ciencia del derecho; pues así como hay un daltonismo para los ojos de la cara, hay otro para los del intelecto, y también hay miopías, estrabismos y cegueras.

Resulta importante insistir en que estos subproductos de la ideología capitalista —actualmente en su versión tecnológica o posindustrial— se presentan bajo la forma de la ciencia moderna.

Las universidades y sus respectivos centros de investigación se han convertido en verdaderas usinas de ideología camuflada, con medios adecuados para acceder a la prensa internacional, la imprenta y los premios académicos que ellos instauran y otorgan. Crear un personaje, divinizar una teoría o cristalizar una ecuación económica es, en la actual disposición de medios, facilísimo para los centros de alta cultura, que producen adlateres del rockefellerismo y ayudas de campo de la reacción orgánica.

Así se universaliza el capitalismo: como fórmula de la tristeza.

IV. Los exégetas antisociales y la noción de bien común

Sólo bajo la forma de la pseudociencia puede computarse la teoría de la reacción antisocial, tan divulgada en nuestros días. Cabe señalar que la reacción conservadora cuenta con todos los medios deseables para orquestar un movimiento político; universidades, periódicos, diarios prestigiosísimos, revistas académicas, firmas célebres, centros de alta cultura. . . hasta logran poner la ciencia a su servicio inventando datos e ideas, en un miserable manipuleo antisocial con fines específicos. De otro modo no pueden entenderse las sorprendentes aberraciones teóricas de Alain Peyrefitte, von Hayek, Milton Friedman, Arraow, Richard Masgrave, Alvin Toffler o James Buchanan y su “Teoría de la opción pública”. Todos ellos apuntan los mismos objetivos:

1. Desfuncionalizar a la clase obrera creando ejércitos de desocupados fundándose en los saltos tecnológicos sin los cuales la sociedad morirá de inanición. No se habla de reorientar la mano de obra, de planificar la economía para evitar la desfuncionalización, de cooperativizar organizaciones productivas determinadas, sino simplemente de desalarizar al asalariado pagando el costo político y social que significan los millones de desocupados en el mundo entero. No se hacen reflexiones sobre el drama humano de la desocupación —como frustración y angustia existencial— para que no se piense que los desocupados existen.
2. Eliminar conquistas sociales, a lo Reagan, para detener el déficit público y la inflación, originados en la fabricación de herramientas para el homicidio, publicidad contra la paz y mucha chatarra plástica.
3. Terminar con el sector público de la economía, fruto de una lucha de décadas.

Estas ideas, compartidas por el cavernicolismo conservador y por el neoliberalismo de Mont Pellerín, tan refinado, son los asumidos públicamente por la política del ultramodernísimo duo Reagan-Thatcher y sus aliados, entusiasmados en retrotraer la situación mundial a estadios bastante anteriores a la I Guerra Mundial, cuando los hombres descubrieron que también se podía matar cruzando la frontera.

Atacando la economía pública, la economía solidaria, la economía nacida de las organizaciones sindicales, atacan en realidad las pocas estructuras democráticas que sobreviven en la sociedad occidental. Así se reprime oscuramente la libertad que se dice defender.

No obstante esta prédica sostenida y tan bien financiada —sus voceros han llegado a la Argentina y emiten sus mensajes con toda pulcritud—, existe un sector de la economía que no responde a las leyes tradicionales del lucro y la ganancia óptima.

Muchos años de trabajo social tendientes a mejorar la ingrata situación de la clase obrera dieron lugar a organizaciones políticas y económicas que nacieron para combatir la explotación humana.

La legislación laboral que conoció occidente desde fines del siglo pasado, cuya versión argentina la constituye el “Nuevo Derecho” de Alfredo Palacios, fue complementándose con otras estructuras, en este caso económicas, que surgieron de la clase obrera y artesanal, productores rurales y urbanos, y consumidores; se trata de cooperativas y mutuales —en la Argentina también de origen socialista— que crecen como instrumento de defensa solidaria en un medio hostil.

Así nació el concepto de servicio social: como asistencia mutua y como solidaridad.

El universo del bien común se diferenció claramente del universo del

lucro organizado; los límites de la economía social se ampliaron para recoger en su seno a las organizaciones económicas de origen sindical y a las empresas públicas cuyos resultados operativos responden exclusivamente a los reclamos del bien común.

El sector de la economía social así tipificado constituye un orbe diferenciado de la economía capitalista. Es por sí mismo un sistema económico diferente, no obstante lo cual, al menos en el presente, no puede extrapolarse de la realidad de la economía capitalista. Esto no significa que pretenda sustituirse la doctrina histórica del cambio social, vigente hasta nuestros días desde los tiempos de Carlos Marx, como impugnación y como proyecto.

Pero, sin duda, el orbe de la economía social constituye una de las alergias más molestas en la epidermis del capitalismo moderno.

Es este el motivo por el cual la Revolución Conservadora ataca en forma sostenida al sector mencionado: las cooperativas y mutuales son objeto de persecución legislativa y fiscal; se gravan sus actividades como si se tratara de empresas lucrativas típicas, aun a costa de destruirlas: la economía pública es reducida, "privatizada", e invariablemente se la muestra como la gran culpable de los déficits fiscales, como hace Estados Unidos, que ya perdió la cuenta de los gastos en armamentos y subsidios de protección para la guerra.

V. El despilfarro altamente tecnificado

El mundo occidental asiste a una cruzada ensoberbecida contra el sector público de la economía. Se escriben pavadas por millones, se inventan realidades insustanciales, se crean sofismas que no resisten el menor análisis.

La campaña de privatizaciones, desregulaciones, achicamiento del Estado y otras expresiones superfluas es un producto de la tardía reacción del capitalismo que cada tantos años, en escala variable, ajusta su doctrina histórica para avanzar en su proceso de dominación social.

Quedó atrás el periodo industrial de la mano de obra barata, materia prima barata y energía barata, para alimentar la tecnología que nos dio automóviles, productos textiles, plásticos, tanques, armamentos y napalm, como consignó a su tiempo Bruce Nussbaum.

Actualmente, la situación es otra. La revolución tecnológica dio a las estructuras económicas tradicionales la posibilidad de utilizar computadoras "inteligentes", robots y producción automática de altísima complejidad, dominando la informática en todos los niveles.

Los mecanismos de la sociedad posindustrial se sustraen cada vez más

al control democrático, para responder exclusivamente a los centros de control específico con formación tecnológica.

En tanto, la nueva clase, el intraproletariado (que en versión diversa describió Marx como “lumpenproletariat”), formado ahora por obreros no especializados, constituirá un tópico crónico de desocupados permanentes: es la rama marginal del sistema, que producirá subocupación bajo la forma del cuentapropismo; variante espantosa de la miseria de hoy, el cuentaprobismo, tematizado prólijamente por la cultura universitaria moderna bajo el rótulo hipócrita de “economía informal” (cuando debiera decirse economía sumergida, subterránea o parasocial a fin de ser frontal en un país oblicuo).

Todo esto es presentado como una fatalidad histórica, un acontecimiento inevitable, impersonal como la lluvia, sin responsables ni artífices ni comandos.

Trata de hacerse creer que es la providencia económica la que nos ha conducido a la era misilística, atómica, empobrecida. La era de la rosa radiactiva, la rosa de Hiroshima, sin color, sin perfume, sin cosa, sin nada. El precio de dolor que paga la humanidad para mantener un sistema de despilfarro afirmado en la injusticia y la guerra, está calculado en los cómputos del capitalismo.

En este trance de ajustes estructurales, es una necesidad del sistema atacar a los sectores democráticos de la economía hasta verlos desaparecer.

VI. La economía pública: un sofisma para tontitos

El sector público es también un blanco necesario, no importa los efectos antisociales que produzca su destrucción o las consecuencias que sufran los desclasados. En la tarea de desalarizar al asalariado no hay obstáculos. Todo vale cuando se trata de borrar del mapa las formas de la asistencia social.

La fórmula actual consiste en una presión sostenida contra la economía pública, compromiso en el que se han juramentado los políticos conservadores de todo el occidente próspero y sus ayudantes de la diáspora tercermundista. Se suman argumentos falaces para atacar a las empresas públicas y se confunde su rol en la economía con el déficit del Estado, todo lo cual es deliberado.

El caso argentino es patético. Desde 1984 se vive una euforia privatista que no tiene fronteras ni razones. Aquí el bagaje teórico es muy menesteroso, pero se difunden simplificaciones retóricas para convencer desprevénidos y capturar gente mal informada. Geobbles tenía razón:

“Mentir, mentir, mentir: algo queda”.

Es el culto de la vulgata y la apologética de los mitos políticos que tanto éxito tienen.

La estrategia consiste en confundir la terrible ineficiencia de nuestras empresas públicas —que alcanzan límites de horror— con el concepto propio de servicio público, que es cosa bien distinta y que ha costado muchas décadas conseguir. No es necesario explicar cuáles son las ineficiencias dolorosas y culpables del sector público argentino, ni las penurias fiscales, ni las aventuras de la burocracia, ni las crónicas de coimas o deshonestidades más sutiles.

Esto lo conocemos todos, como conocemos los desórdenes administrativos, la corrupción y el facilismo, la utilización política de los cargos públicos y el vasallaje que eso significa; es parte de una patología argentina que nada tiene que ver con la naturaleza jurídica de las empresas públicas, pues muchas empresas privadas padecen los mismos males y muchas empresas públicas bien administradas han dado pruebas de maravillosa eficacia.

Los financistas apurados —que durante los gobiernos de facto juegan a la ruleta financiera en la calle Reconquista caminando por las grietas de Código Penal— utilizan los males aparentemente crónicos del sector en estudio para convencer a la sociedad de que las empresas públicas son ineficientes a priori.

Nadie se ha propuesto, no obstante, hasta hoy, hacer de ellas empresas eficientes.

Naturalmente, se evitan las referencias a las empresas privadas que diariamente quiebran, llaman a concurso, cierran repentinamente sus puertas, llegan a los estados acusadas de estafas multimillonarias y, especialmente, nada se dice de aquellas que sobreviven sólo gracias a los subsidios estatales que se otorgan especialmente en las épocas en que gobiernan los libreempresistas pistola en mano.

Las empresas privadas, con su mercado cristalino, son presentadas como la panacea de la eficiencia económica a fin de legitimar la pretendida captura de empresas públicas que puedan ser rentables.

Las aspiraciones de la hora son esas: devolver el sector público a manos privadas, retornando así a lo más antiguo, la época de la concesión, anterior a la experiencia social y el progreso jurídico, anterior a la noción de interés general y bien común, anterior a la idea del servicio público.

El superior interés de la sociedad será reemplazado por el mercader que explota su negocio y fija tarifas según el beneficio óptimo.

No es azar que no se mencione la posible integración de las empresas públicas con cooperativas, o la transformación de aquéllas en éstas, pues

atentaría contra la campaña insalubre que se instrumenta con fines determinados.

Tampoco se difunde que en los últimos tres años se constituyeron cuatrocientas cooperativas de servicios públicos de alta eficacia, que se suman a las novecientas cooperativas de electricidad existentes; a pesar de que existe un organismo público con rango de Secretaría de Estado que difunde estos datos regularmente.

Que sea dicho una vez más: no se busca la eficiencia de las empresas ineficientes, sino su privatización, hacerlas objeto de lucro.

Por eso tampoco se dice que el origen de la economía pública respondió a la salvaguarda de economías nacionales como una solución a la crisis de la posguerra última.

Esta no es una defensa del desorden administrativo, de la corruptela barata, la ineficiencia o el desquicio fiscal. Pero aquí se está confundiendo la naturaleza de las cosas con simplificaciones anecdóticas de desfuncionalización. Una cosa son las perversiones burocráticas y otra el concepto de interés social. Se aprovecha la necesidad de eliminar la burocracia para eliminar, de paso, las contribuciones al bien común.

Hablaremos de las dos cosas.

VII. Ni mejor ni peor que la nada

La burocracia produce angustia, deprime a sus víctimas, las fatiga moralmente, las harta. Así sometidos, los ciudadanos aceptan cualquier cambio alternativo, por reaccionario que sea.

Hoy asistimos a un proceso de reacción económica en escala mundial, inigualable a los que venían produciéndose en la estructura económica global. Nunca la reacción contó con tantos medios técnicos, arsenal teórico e intelectuales a disposición.

Este siglo que, en general, se ha caracterizado por el triunfo de la lucha social, aparece ahora signado por una recuperación de los viejos estigmas. El proceso es sorprendente; el socialismo en el mundo lo sigue con reflejos demorados, en estado de asombro: siente culpa y escándalo.

Lo más sintomático de la crisis que le significó la Revolución Conservadora es que ella se presenta en nombre de lo nuevo, haciendo vocaciones juveniles, como si se tratara del gran cambio que la humanidad espera hace siglos, cuando detrás de la humareda de trivialidades que se repiten sin convicción se oculta un profundo sentido antisocial que, de arraigarse, conducirá a la democracia hacia la humillada forma de la ficción.

Esta Revolución Conservadora cuenta con un conjunto de factores concurrentes que se dan cita en la tarea de confundir a la opinión públi-

ca y ocultar la realidad histórica de las luchas sociales. A través del bastardeo informativo, la reiteración infatigable de la mentira como una certeza mítica, el deterioro de la moral social y el uso miserable de los medios masivos; se convence al gran público y se le utiliza con fines apropiados.

No sólo se ocultan las diferencias relativas a los ingresos nacionales per capita —11,460 dólares anuales en Estados Unidos, 360 dólares en los países asiáticos— sino también las diferencias de las tasas de crecimiento, que tienden a ensancharse de tal manera que los países pobres caen, en virtud a una sólida política internacional, en la “pobreza indescriptible” que denuncia el Banco Mundial. Y llama la atención que ese organismo, tan desafecto a la literatura impresionante, utilice esos vocablos: “pobreza indescriptible”, “terrible realidad”.

Anualmente se difunden estadísticas relativas a la desocupación en el occidente próspero: 15 millones de desocupados en Europa, 15 millones en Estados Unidos. Cifras en ascenso. En la Comunidad Económica eso representa más del 20 por ciento de la población activa. En el país del norte, la tasa más alta de su historia. Y todos tan felices.

En tanto, en 1985 se invirtieron 660,000 millones de dólares en armamentos, según datos de la Unión de Bancos Suizos. Con un sexto de esa cifra se terminaría con el hambre de la humanidad en diez años.

Aproximadamente 50 millones de individuos están directa o indirectamente vinculados a la fabricación de armamentos, y viven de su perduración; medio millón de científicos está al servicio de esa industria, según el Instituto de Investigaciones para la Paz con sede en Estocolmo. La humanidad padece la presencia absurda de 50,000 cabezas nucleares sobre su territorio. Estas cifras se contrastan con estas otras: el 7 de julio de 1986 nació el habitante número 5,000 millones. El hecho es anecdótico. Lo dramático es que 3,300 millones viven en países subdesarrollados, es decir, los dos tercios de la humanidad.

El 25 de mayo de ese mismo año se hizo en Estados Unidos una jornada de protesta contra el hambre, lo que de ninguna manera fue recogido por la prensa internacional, por el disgusto que causaría al Departamento de Estado. El Banco Mundial calcula que en ese poderoso país, 20 millones de norteamericanos se acuestan con hambre.

Ahora bien; esos índices se presentan así: como índices. No son más que largas estadísticas. Se tabulan los datos en diciembre de cada año y en enero se dan a conocer. El drama humano de la desocupación es, para los dueños del dinero, un panfleto de porcentajes y acaso una ley de subsidios para desocupados.

La tecnología sustitutiva de mano de obra convirtió a los trabajadores en molestias para los balances; así son tratados: como incidencias pe-

ligrosas a la hora de hablar de costos. Y como ningún Estado contemporáneo se atreve a planificar su economía, las cosas siguen así; las crisis las pagan los que no pueden pagarla. Todavía no se inventa otro sistema.

La inteligencia de este proceso de involución desatada es admirable. Consiguió, por ejemplo, que millones de jóvenes estadounidenses sufragaran con entusiasmo y fe por el anciano galáctico que reúne todas las condiciones de los peores gobernantes —estulticia, contumacia, intrepidez, ánimo reaccionario y mucha incapacidad—; que ese caballero medieval gobierne el occidente es realmente una proeza iliaca.

Ha sido probado hasta todo extremo exigible que las dramáticas aventuras del nazismo y del fascismo —con sus sucedaneos tercermundistas que nacieron bajo la metástasis del militarismo y el populismo conservador—, fueron pagadas e impulsadas por el capitalismo aterrado.

Encerrado en el dilema del comunismo en expansión, pagó a los delirantes que, levantando una bandera heroica, salvaban al sistema del peligro soviético, y sometían a la sociedad al nacionalismo más cerril, con el costo conocido de vidas humanas, libertades extirpadas y mucho dolor social.

La culpa escandalosa del capitalismo en las aventuras bélicas puede resumirse en la dramática exclamación de Franz von Tiessen, Presidente del Trust alemán del acero, que financió al nazismo, quien cerró su vida con un grito desgarrado: “Yo pagué a Hitler”.

¿Qué responsabilidad tiene el capitalismo en este proceso insensato de retroyección, en que sociedades enteras vuelven a instalarse en los albores del siglo XX y sacrifican décadas de trabajo social?

La guerra sigue siendo el gran negocio de producción de altísima sofisticación, que implica, además, el impulso de las industrias que reconstruirán lo destruido.

De esto el sistema es culpable.

Es probable que la humanidad vuelva a arrepentirse de sí misma en algunas décadas y que descubra, para su pesar, que la cultura y la civilización han sido una fantasía de verano.